
Integración I

Perspectivas políticas, culturales y económicas de la integración*

Alcira Argumedo

Julio Gambina

Fernando Martínez Heredia

Moderador: Atilio Borón

“La democracia pasa a ser la adecuación del funcionamiento de las instituciones políticas a la dominación de los mercados, y es el gran triunfo del neoliberalismo a pesar de su rotundo fracaso en lo económico. Su victoria ha sido ideológica, y ahí me viene a la memoria la cita de Martí -lo que demuestra que el problema es antiguo- cuando decía, ya en el ocaso de su vida, que la batalla que estamos librando debemos ganarla a fuerza de pensamiento. Este es el gran desafío de hoy: convencer a la humanidad de que el rey está desnudo, y que el neoliberalismo es una patraña cuyos resultados están a la vista, pero el problema es que aunque estén a la vista, toda la industria cultural convence a la gente de que en realidad está elegantemente vestido.” (A.B.)

* Panel plenario del Congreso Internacional Políticas culturales e integración regional, organizado por los Institutos de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la UBA y la Asociación Argentina de Semiótica, 30 de marzo de 2004.

Crisis civilizatoria

Me propongo trazar algunas líneas muy gruesas, porque la problemática planteada por la política y la cultura en los procesos de integración se enmarca en estos momentos en el desarrollo de una crisis de carácter civilizatorio. Creo que la magnitud de las transformaciones que estamos observando en los últimos treinta o cuarenta años en el campo internacional dan cuenta del cierre de un ciclo histórico -la Edad Contemporánea- el comienzo de una nueva edad de la humanidad y obligan a una nueva mirada. Esta crisis civilizatoria arrastra también la crisis de los rasgos dominantes de la cultura occidental y América latina, para replantearse el problema de la integración, tiene que reconocerse como una sociedad, un continente profundamente desgarrado desde el momento refundacional de la conquista, precisamente porque el eje fundamental que se plantea con la conquista y la colonización es la pregunta acerca de quiénes son los seres humanos en este continente, quiénes son integralmente humanos y pasibles de derechos.

Parecería mentira, pero después de cinco siglos, mientras en aquellas épocas se definía que los indígenas eran faltos de razón y que los negros no eran seres humanos porque carecían de alma, nos en-

contramos con que con toda la dinámica de la modernidad y de las tecnologías de avanzada, todavía vemos políticas que de alguna manera sutil, pero no por eso menos contundente, están definiendo que quienes integran más de la mitad de la población de América latina no son seres humanos, susceptibles por lo tanto a ser sometidos a políticas de genocidio, en este caso económico y social, así como antes fue mediante instrumentos de explotación de otras características.

Esto plantea, entonces, que no podemos pensar la integración sin una mirada muy dura sobre las culturas dominantes y una recuperación -crítica, por supuesto, sin caer en el idealismo- de esas raíces, con el reconocimiento de las expresiones culturales sojuzgadas, que provienen de la amalgama de esas culturas precolombinas, las tradiciones de los negros africanos y la incorporación de algunos elementos más avanzados de ese Occidente dominante, que permitió ir gestando patrones socioculturales de gran riqueza y heterogeneidad, pero que al mismo tiempo tienen valores de fondo que deben ser reconsiderados como base de una reconstitución de estas sociedades.

¹ Socióloga (Argentina)

Integración: tres desafíos

Como antes se decía en el caso argentino, tienen tres desafíos de integración: el primero, la integración social y cultural, es decir, el reconocimiento de que somos sociedades heterogéneas, que no es cierto que los argentinos descendemos de los barcos mientras los mexicanos descienden de los aztecas, porque si bien es cierto que una parte importante de los argentinos descienden de los barcos desde la segunda mitad del siglo XIX, otra mitad de los argentinos pueblan este territorio desde 10.000 años antes de Cristo, como se registra en la profusión de pinturas rupestres.

Cuando hablo de una crítica dura a la cultura occidental dominante, que se ha expresado, entre otros aspectos, en la idea de "civilización o barbarie" o en esta soberbia pretensión de que la cultura del 5 ó 10% de la población mundial es la cultura universal a la cual debe adaptarse el resto, digo que nos obliga a tener una mirada sobre estas cuestiones que reiteradamente muestran vetas de profundo racismo e intolerancia desde su constitución en el siglo VI como cultura occidental. Por eso voy a ser un poco antioccidental, sin dejar de reconocer los aportes que esta cultura ha realizado, pero quiero recordar esos aspectos de racismo, intolerancia y depredación que han sido una constante durante tanto tiempo.

Occidente es la cultura que se conforma a partir del siglo V, con la toma del Imperio Romano por parte de los bárbaros (germanos, francos, sajones, anglos, visigodos, ostrogodos, vándalos, etc.). Esta mirada dura nos permite afirmar que estas hordas depredadoras fueron las más sanguinarias e intolerantes de todas las que hasta ese momento habían existido y que provocaron que se tardara más tiempo en recuperar los elementos de una cultura elaborada desde el siglo VI a. C. Uno de los aspectos de esta soberbia presente y hegemónica en nuestras universidades -y, por qué no decirlo, en nuestra escuela- nos habla de un período de oscuridad que va desde el siglo V hasta el XV que había abarcado supuestamente al conjunto del planeta. Sucede que esa historia fue sólo oscura en Europa Occidental, porque en China, en Indochina, en la India, en el Japón, en el África negra, en el mundo musulmán, en América, se habían desarrollado culturas con un alto nivel de esplendor y un desarrollo de conocimientos infinitamente superior a lo alcanzado en Europa en ese mismo momento. Por ejemplo, relacionando dos elementos de culturas profundamente despreciadas por aquellos que portan las vertientes dominantes de la cultura, mientras en el siglo XIII Occidente apenas empieza a enterarse, gracias a la toma de Toledo y Sevilla, después de ocho siglos de oscuridad, de la existencia de una per-

sona llamada Aristóteles, la universidad de Timbuctu, en el África negra, tenía por entonces 9.000 alumnos y realizaba operaciones de cirugía con anestesia, había desarrollado las matemáticas, el álgebra, la astronomía, la filosofía y otras ciencias, gracias a la influencia de la cultura musulmana en el norte y de la cultura bantú en la parte sur. Sin embargo, dos siglos más tarde, Europa Occidental define que los negros no son seres humanos, que no tienen alma, y eso justifica someterlos a la esclavitud, con lo cual es muy posible que los primeros negros llegados desde el África hayan sido connotados filósofos, médicos, artistas, astrónomos, y otras ciencias frente a las cuales Occidente mostraba una profunda ignorancia.

Occidente luce con gran orgullo la promocionada “revolución copernicana” en el siglo XVII, un golpe hacia el narcisismo de la humanidad, porque ellos son la Humanidad (con mayúsculas), al descubrir que la Tierra no era el centro del universo, sino que lo era el Sol, y la Tierra un mero planeta que giraba en torno de él. Todos sabemos las vicisitudes que padecieron Copérnico y Galileo, teniendo que desmentirse para salvarse de ser quemados en la hoguera. Pero resulta que los zapotecas en Monte Albán, desde el siglo V a. C., tenían una concepción según la cual el Sol era el centro del universo y la Tierra un planeta entre otros que giraban al-

rededor de ese núcleo central que daba la vida y el calor. Las culturas americanas despreciadas, cuyos portadores fueron considerados faltos de razón, habían hecho la revolución copernicana 2100 años antes que Occidente.

Superar el pensamiento sojuzgado

Doy estos datos porque uno de los aspectos que caracterizan a nuestras universidades es la existencia de un pensamiento sojuzgado, de un silenciamiento profundo y un desconocimiento aterrador acerca de la historia de América latina que nos impide saber quiénes somos. No es un problema nuevo. Estamos celebrando, y me parece fantástico, la creación de institutos de estudios en América latina. Martí pedía, en 1891, que reemplazáramos las universidades europeas por universidades americanas, que la clave de nuestra emancipación era el conocimiento de nosotros mismos, que en las escuelas y universidades se tenía que enseñar al dedillo la historia americana aunque no supiéramos suficientemente la de los arcontes de Grecia: “esta Grecia que es nuestra es mejor que la otra Grecia que no es nuestra”. No se trata meramente de una mirada esencialista, sino de tomar conciencia de que no podemos pensar un futuro autónomo si no somos capaces de recuperar, con un conocimiento de sentido común, la historia lati-

noamericana, la de las culturas precolombinas y negras que forman parte de las raíces de más de la mitad de nuestro continente, que no debe ser patrimonio exclusivo de los arqueólogos e historiadores. Debe ser un conocimiento de sentido común desde las escuelas y las universidades. Nuestros físicos, químicos y médicos - ni hablar de las ciencias sociales - tienen que conocer naturalmente la historia de nuestro continente, porque si no es imposible que podamos crecer.

Creo que una de las características que han tenido estas culturas, además de su fortaleza, es que había dos rasgos que las distinguían, al margen de que fueran estratificadas, como los aztecas o incas, o igualitaristas, como caribes, tupíes, guaraníes, mapuches, etc. El primero de esos rasgos es el desafío de la integración: todas ellas eran sociedades de amparo, es decir que garantizaban el bienestar del conjunto de sus habitantes, dados determinados patrones culturales. Cuentan que en la mayoría, si no en todas las lenguas aborígenes, no existe la palabra "pobre": no había noción de que alguien perteneciente a la comunidad careciera de la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales dentro de los patrones de cultura básicos de esas sociedades. En segundo lugar, estas sociedades habían establecido inteligentes equilibrios ecológicos y sociales con su medio ambiente, de modo tal que al

reconocerse como parte de la naturaleza y no como alguien que tiene frente a sí a la naturaleza como algo que debe ser estudiado para dominarlo y explotarlo, sino como algo con lo que es preciso tener una relación de armonía, no se registran en los siglos anteriores a la llegada de los conquistadores españoles grandes pestes o hambrunas como las que habían azotado a Europa en el siglo XIV.

El carácter humano de la integración

De alguna manera, lo que se nos está planteando es una primera condición para la integración, para que no sea un aspecto meramente mercantilista: el reconocimiento del carácter humano de cada uno de los que pueblan nuestro continente, y ese reconocimiento supone, ante todo, el de la dignidad de sus saberes, de sus etnias, de sus identidades culturales, algo que todavía la cultura oficial, en la mayoría de las escuelas y universidades, no termina de aceptar. Esto se evidencia en la deserción y las dificultades de aprendizaje de gran parte de los chicos de esos sectores, por la agresión de la cultura oficial hacia sus propios saberes, que los sume en el ocultamiento. No estamos hablando solamente de poblaciones aborígenes, sino de las poblaciones mestizas que viven a 20 km del Congreso. Siguen vigentes palabras en guaraní o en quechua, creencias como la Pachamama, el Gau-

chito Gil, el Pombero, y ese es el saber que tienen en su primera educación. Sucede que esos saberes están profundamente cuestionados y condenados en la escuela oficial, y los chicos reciben el mandato de ocultarlos. Como la escuela oficial trabaja sobre los saberes que traen los chicos, y ellos no pueden discriminar qué mostrar y qué no, guardan ese famoso silencio. Las pedagogías capaces de recuperar la dignidad de esos conocimientos han dado como resultado una capacidad de aprendizaje en los chicos de sectores carecientes, que en general coinciden con estas tradiciones culturales, equivalente o superior a la de los chicos de las demás clases sociales.

Me parece fundamental que en el debate en el cual nos ubicamos, cuando hablamos de integración hablamos de valores, y cuando hablamos de valores tenemos que ser brutalmente duros con esta cultura que se nos impuso y que penetró en las universidades a lo largo de los últimos 25 años, en la cual había que cortar una memoria porque nadie tenía una legítima pertenencia y todos debían absorberse en esta dinámica lineal de "civilización o barbarie".

Entre los siglos V y XI, la primera salida de los occidentales es la primera cruzada a Jerusalén, a diferencia de los musulmanes, tan demonizados por esta cultura, que cuando en el siglo VII llegan a Jerusalén, acuerdan con el rabino judío y el patriarca griego vivir en

plena amistad y respeto, lo que sucede durante cuatro siglos. Cuando llega la primera cruzada a Jerusalén, como no pensaban como ellos, degüellan a los 60.000 habitantes. En el siglo XIII llegan a Constantinopla, a la que incendian. El incendio de Constantinopla y la matanza de Jerusalén son muy similares a los episodios que denuncia Bartolomé de las Casas en el siglo XVI, que arrasaron con las culturas autóctonas y con su producción: queman las bibliotecas mayas, donde estaba registrada la revolución copernicana, que ellos todavía no habían experimentado. Sabemos lo que fue la acción occidental a partir del siglo XVI, y tenemos que ser muy duros, porque esa misma acción, con otras formas y bajo otros mecanismos, es la que observamos en Irak en el siglo XXI, donde no sólo se ha producido una gran masacre humana, sino que se han reiterado esos episodios depredatorios en el museo de Bagdad, bajo la forma de modelos neoliberales, con la venia del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y no hace tanto tiempo con la enseñanza de la Escuela de las Américas. Esto nos obliga a ser brutalmente duros en la crítica frente a esa reiterada dominación occidental, recuperando al mismo tiempo estas raíces que están amalgamadas en los aportes aborígenes, negros y también del pensamiento occidental, para repensar nuevamente la cultura de nuestra América latina.

Integración política, cultural y económica

*Julio Gambina*²

Me toca hablar de las perspectivas políticas, culturales y económicas de la integración. Lo voy a hacer reflexionando desde la Argentina, y en la perspectiva de lo que hoy se discute en América, respecto de la que en relación con el mundo ha cambiado con el tiempo. El país ha sido especialmente objeto de la dominación española y su legado todavía impregna culturalmente nuestro presente, pero hay que rescatar que la resistencia a esa subordinación se desarrolla prácticamente desde el comienzo de la conquista y colonización, y tiene su punto culminante en la gesta independentista de San Martín, quien le da nombre al centro cultural que hoy alberga nuestro debate. Es un momento culminante de lo que pasó a llamarse la Argentina, con los pueblos de la región latinoamericana, especialmente con Chile y el Perú.

En aquellos momentos, por vía del contrabando, se estaban estableciendo lazos importantes entre la región y la potencia capitalista hegemónica de la época, Inglaterra. Esto se mantiene hasta el primer tercio del siglo XX, en que Inglaterra es desplazada por Estados Unidos como potencia dominante en nuestro país. Esta dependencia se manifestó por un

mecanismo de subordinación y complementariedad, no así con Estados Unidos, con quien la dependencia se manifestaba en forma de competencia asimétrica en relación con la capacidad que aún tiene el país respecto de la potencia hegemónica en el plano mundial. La dominación imperialista estadounidense supuso y supone un freno al desarrollo de ventajas competitivas dinámicas de la economía argentina, especialmente en el sector de generación de medios de producción que podrían darle autonomía e independencia al país.

La subordinación a España y a Inglaterra definió la política poblacional y cultural de la Argentina en los siglos XVIII y XIX, especialmente con la inmigración europea de la segunda mitad del siglo XIX y parte del siglo XX, estableciendo una hegemonía social y cultural que impregna el capitalismo emergente de ese tiempo a dos puntas: tanto a las clases dominantes -se mencionó a la generación del 80- como a las clases subordinadas, en las que se abren paso, junto con las ideas dominantes y hegemónicas del capitalismo de esa época, las ideas sociales y políticas ligadas con el anarquismo, el cooperativismo, el socialismo, el comunismo.

² Profesor de Economía política (Argentina)

Conquista, colonización y resistencia

Esta dualidad que siempre planteamos entre conquista, colonización y resistencia -ideas dominantes de la generación del 80 pero también ideas dominantes de la resistencia- son una constante en la historia que, desde una perspectiva integradora, tenemos que tener en cuenta.

En ese marco, no es un dato menor señalar que Estados Unidos nunca logró en su historia de dominación, particularmente en la Argentina, el nivel de influencia cultural que sí tuvo la sociedad europea, pese a la potencia de la dominación económica y la subordinación política y militar promovida por los gobiernos, sobre todo en los últimos tiempos de vigencia constitucional en la Argentina, especialmente en la década reciente. Existen análisis que aluden a una importante conciencia antinorteamericana en la sociedad argentina, una de las más elevadas entre los países latinoamericanos. Este es un tema muy importante, porque la perspectiva de análisis no sólo tiene que involucrar las relaciones sociales de dependencia con la potencia capitalista hegemónica, sino también comprender las raíces contestatarias de resistencia que anidan en la tradición cultural del pueblo argentino.

En este marco hay que comprobar que la integración regional es escasa y marginal -lo digo desa-

fiantemente, desde todos los puntos de vista que queramos abordarlo: político, social, económico-. La gesta por la primera independencia tiene valor histórico, pero la vocación por la integración se definió por la subordinación a las potencias hegemónicas. A fines del siglo XX y comienzos del presente la Argentina abre otra perspectiva de integración mundial, más asociada con sus vecinos y con la región. Es un proceso contradictorio y atravesado por intereses materiales en pugna. No es un dato menor el acercamiento con el Brasil cuando ambos países retoman experiencias de gobiernos constitucionales.

Impronta económica de la integración neoliberal

La impronta económica definió ese acercamiento con la formación del MERCOSUR, a todas luces dominado por las ideas de los años noventa, expresadas en el consenso de Washington: políticas antipopulares aplicadas en el conjunto de los países de la región. La idea de crear un mercado común del Sur como espacio de negocios para los capitales más concentrados ha sido y es funcional a las necesidades de inserción internacional de esos capitales concentrados de la región. El balance de beneficiarios en los dos mayores socios del MERCOSUR así lo indica: petróleo, automóviles y producción agrícola repre-

sentan más del 50% de los negocios argentinos en ese espacio. Son sectores económicos altamente concentrados, transnacionalizados, que consolidan una inserción internacional subordinada al ciclo económico hegemonizado por las corporaciones transnacionales.

Otra perspectiva pudo tener la integración con el Brasil y con la región. Los acontecimientos de Malvinas -estamos a días de otra conmemoración- indujeron a una reorientación de la mirada local hacia América latina y el Caribe. Es una situación que se potencia de cara al proceso social que vive la región en los últimos tiempos, y en la que los pueblos hacen su aporte para definir el mapa político de resistencia y de construcción de opciones al capitalismo. Aludo así al fenómeno de Chiapas y su impacto en la gestación del movimiento de resistencia al capitalismo global, en un proceso que va desde la asamblea contra el capitalismo en la Selva Lacandona, a la construcción del Foro Social Mundial en Porto Alegre, en tres versiones, y este año en la India, extendiéndose en nivel mundial. También aludo al impacto sobre la región de nuestros sucesos de diciembre de 2001, el proceso venezolano, las perspectivas de una nueva integración, experiencias atravesadas por dinámicas sociales en la resistencia y potencialidad de gobiernos de izquierda en varios de los mencionados paí-

ses y otros de la región, donde Cuba aparece con sobrados méritos y una singular práctica de autonomía e independencia para aportar a una integración alternativa.

Las tendencias hegemónicas nunca dejaron de estar presentes en nuestra historia y, en el marco del pensamiento y las políticas hegemónicas de los noventa, la inserción argentina se definió entre la perspectiva de la dominación por Europa y Estados Unidos. Es una situación que hermana aún más a la Argentina con la región latinoamericana y caribeña. En efecto, a comienzos de los noventa se iniciaron las reuniones iberoamericanas, que ligan a España y Portugal en tanto ventanas de Europa con el conjunto de la región y la exclusión de Estados Unidos y Canadá. Concomitantemente, el gobierno de Estados Unidos lanzó su Iniciativa para las Américas, rebautizada en la cumbre de presidentes de las Américas como ALCA (Asociación para el Libre Comercio de las Américas) desde 1994.

La iniciativa europea y estadounidense se ha desarrollado desde una perspectiva de dominación del mercado regional. Puede decirse que la primera batalla por las inversiones y las privatizaciones de empresas públicas, especialmente en la Argentina, fue dirimida a favor del capital europeo. Es una disputa que hoy se mantiene y de la que da cuenta el proceso

de negociación de la deuda en el Fondo Monetario Internacional con la hegemonía de Estados Unidos, asociado con el Grupo de los 7, y que se manifiesta en la inducción a profundizar reformas estructurales que hagan más funcional el capitalismo local a las necesidades de los capitales más concentrados. Son las presiones de estos días sobre las tarifas públicas y el apuntalamiento de un sistema bancario hegemonizado por el capital externo. En la semana del 9 de marzo la crónica periodística de Buenos Aires recoge noticias sobre este complejo entramado, que otorga pistas sobre la perspectiva de la integración de la Argentina al mundo. En esa semana se concentraron tres sucesos: uno se vincula con el vencimiento con el Fondo Monetario Internacional por 3.100 millones de dólares, que había generado expectativas sobre un *default* de la Argentina con los organismos multilaterales de crédito. La Argentina finalmente pagó con reservas internacionales y agregó un nuevo capítulo de suspenso a una historia no cerrada en materia de endeudamiento y de perspectiva de una inserción distinta del país en la comunidad financiera internacional.

Los otros dos acontecimientos se vinculan con negociaciones con el MERCOSUR, desarrolladas en simultáneo con la Unión Europea y con Estados Unidos, y algunos países afines a la posición de Estados Unidos con el ALCA.

Resistencia popular al ALCA

Se debe registrar que las negociaciones con Europa avanzan con menos obstáculos que para el caso del ALCA, sin ser menos complejas desde el punto de vista de la calidad de vida de la mayoría de los argentinos, con contradicciones entre los intereses de las partes, especialmente entre Estados Unidos y los socios mayores del MERCOSUR, y con la creciente resistencia popular al proyecto ALCA, fenómeno relativamente nuevo. Si bien hubo voces contrarias desde el comienzo, la realidad es que se expresa concretamente como resistencia de masas en la reunión de presidentes en Québec, con una gran movilización popular en abril de 2001, que arranca a los negociadores oficiales la publicación de los borradores en discusión, que hasta entonces no eran públicos. Desde 1994 hasta 2001 nuestros gobiernos negociaron en secreto, a espaldas de los pueblos de la región, la perspectiva de una integración subordinada al Acuerdo de Libre Comercio para las Américas, sustentada y propuesta por Estados Unidos desde la Organización de los Estados Americanos y por ello, obviamente, con la exclusión de Cuba. A partir de allí y de la nueva situación política de la región algunos gobiernos comenzaron a poner objeciones al proyecto de integración impulsado por Estados Unidos. Estoy ha-

blando de Venezuela, en primer lugar, y de algunas objeciones que empieza a presentar el MERCOSUR a partir de las nuevas situaciones políticas generadas en 2002 y derivados de la presencia de un actor social insustituible, el pueblo de los dos países.

Es necesario destacar que la perspectiva de la negociación con la Unión Europea y el ALCA se inscribe en la visión de la época por el librecomercio impulsado por la Organización Mundial de Comercio, como nuevo organismo mundial que establece el orden necesario al funcionamiento del capitalismo global: el de la hegemonía de las corporaciones transnacionales. El librecomercio es la categoría sustentada por los capitales transnacionales, que permite hablar de fronteras para la libre circulación de capitales, servicios y mercancías, al mismo tiempo que frena la libre circulación de personas, salvo en el caso de las "personas de negocios" tal como se dice textualmente en los borradores del ALCA que hoy negocian 34 gobiernos de la región. El librecomercio está interesado en nuestras materias primas, ricas en petróleo y en agua, dos insumos estratégicos en el presente y en el futuro cercano que vinculan a esas cuestiones con la guerra y la invasión, tal como hoy ocurre en Irak, en Afganistán y en Medio Oriente, pero también le interesa la biodiversidad contenida en territorios claves como Chiapas o el Amazonas. Por cierto también la

fuerza de trabajo barata de nuestros países, que resulta atractiva para la instalación de capitales que buscan ávidamente atenuar la crisis de valorización de esos capitales.

Esta semana Buenos Aires vuelve a ser sede de un debate por el ALCA, desde mañana, cuando va a continuar la reunión que comenzó y se frustró el pasado 10 de marzo. Es una reunión pedida por Estados Unidos, con sus amigos de América latina y el Caribe que acompañan la posición de máxima del ALCA en la región. Allí se va a intentar disciplinar al MERCOSUR, que está patrocinando un "ALCA light", que el movimiento de resistencia al ALCA también rechaza, porque sea ALCA total o *light*, implica iniciar una perspectiva de anexión a la política de Estados Unidos en la región. El tema en discusión son los subsidios agrícolas, que Estados Unidos defiende como potencia proteccionista que es, a la par que reclama la apertura de inversiones en la región, no en la Argentina, donde eso ya sucedió en la década anterior, sino en el Brasil y demanda un trato preferencial a sus inversiones con la compra gubernamental, de modo que nuestros estados pierdan la capacidad de promover desarrollos de alternativa. La campaña continental contra el ALCA en las calles y la potenciación de un movimiento que en la Argentina vinculó integración subordinada con el flagelo de la deuda externa y la militarización

es un hecho que hay que destacar. El ALCA y la deuda externa son parte de un proceso indisoluble de apertura y libre comercio, en tanto programa del capital transnacional al que inducen los principales estados capitalistas. Es un programa que se instaló en el mundo desde el ensayo terrorista en los estados del Cono Sur en los tempranos '70. Desde allí se proyectó al Reino Unido y Estados Unidos y se globalizó totalmente.

No hay perspectiva global de desarrollo neoliberal sin el terror de Estado originario de Pinochet y Videla, del mismo modo que hoy no puede abrirse paso la hegemonía global del capitalismo estadounidense sin el ejercicio del terror de Estado que implica la política de agresión, invasión y militarización impulsada por el gobierno de Bush. Guerra y libre comercio constituyen el programa imperialista de comienzos del siglo XXI y ello impone la resistencia de los pueblos para impulsar una forma de integración alternativa para otra sociedad y para otro mundo posible, como plantea el Foro Social Mundial.

Conciencia de transformación de la sociedad

Quiero terminar diciendo, desde mi práctica en el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, entidad que participa gratamente de

estos debates y que viene sosteniendo experiencias de cooperativismo para la transformación social, que vincula la perspectiva de integración con las demandas de la población más necesitada, que es una estrategia alternativa relaciona sus grandes objetivos con la construcción de una vida cotidiana para el conjunto de nuestro pueblo, los trabajadores en actividad, los desocupados, de los marginados, en síntesis la mayoría de nuestro pueblo, para satisfacer necesidades inmediatas junto con una conciencia de transformación de la sociedad en la perspectiva de la instalación de un nuevo poder del pueblo y con proyección liberadora. Eso nos asocia con otros sectores sociales que bregan por la emancipación y luchan por relaciones sociales de beneficio y ayuda mutua, que eliminen la explotación del hombre por el hombre, lo que me lleva a rescatar el origen cooperativo de la lucha por el socialismo, como programa para transformar la realidad. Es un camino por recorrer con otras experiencias y otros pueblos desde una perspectiva integradora: con el pueblo del Brasil, de Venezuela, Cuba, Bolivia y el Uruguay, pero no alcanza, hay que mirar al Sur y a los pueblos del Norte. Sólo si nos proponemos otra realidad será posible la materialización de ese otro mundo posible.

Ideas y prácticas políticas en América latina

Fernando Martínez Heredia³

Nuestro continente tiene más del doble del tamaño de Europa y contiene más de 30 países. Esta región ha sido encuadrada en todos los mapamundi de la evolución del capitalismo, desde hace 500 años, como una zona de explotación y subordinación. El colonialismo y el neocolonialismo son entonces conceptos clave para comprender la historia de América latina en sus aspectos políticos, económicos y culturales, sin olvidar las interacciones que caracterizan la vida real y el papel decisivo de la totalidad.

Nuestra historia y nuestras realidades actuales no se reducen a la colonización. Las colonizaciones confieren un carácter monstruoso a las sociedades. Los historiadores de la economía han estudiado y explicado las formaciones económicas del continente, determinadas por esa subordinación y explotación desde los tiempos coloniales hasta hoy. Ya en 1524 Hernán Cortés le pedía al emperador Carlos V colonizar México, en vez de limitarse a depredar aquel país, pero le tocó a Carlos Marx explicar que el capitalismo no es sobre todo modernizador, sino un devorador a través de la ganancia, para lo cual no desdeña utilizar las formas más brutales junto a las más avanzadas y dinámicas que lo caracterizan. Sin embargo,

en vez de limitarse la historia política a la sucesión de luchas, acomodamientos y funciones de los poderes coloniales, se produjo en América un fenómeno cultural inédito entre 1791 y 1824: movimientos revolucionarios autónomos que en sus prácticas y a través de fuerzas que desataron lograron lo que no parecía posible: declarar la independencia y formar estados soberanos, conquistar algunas victorias contra la condición servil y, al menos, deslegitimarla, dando lugar a identidades nacionales coincidentes en desplazar la situación colonial y considerarse a sí mismas parte de un conjunto americano, aunque los casos eran muy diferentes entre sí. La primera vez que se avanzó hacia una identidad y una posible integración en América latina fue a partir de la política y las ideas revolucionarias. No se logró una integración ni los objetivos radicales, pero se crearon nuevas realidades que no eran consideradas posibles treinta años antes, y que muy pocos soñaban. El proceso histórico de las repúblicas combinó acumulaciones culturales extraordinarias, que fueron profundizando y enriqueciendo su especificidad y la autoconciencia de ella, pero a la vez América latina ha sido la región externa al Primer Mundo más parecida a él y más

³ Sociólogo (Cuba)

ambiciosa de desarrollarse como él.

Quiero llamar la atención acerca del gran desarrollo que han tenido las ideas y las prácticas políticas en este continente. Se ha pretendido organizar los ideales más radicales del proceso independentista, los más avanzados de las revoluciones europeas, los americanos de soberanía e independencia nacional con políticas sociales durante el siglo XX y los de un socialismo anticapitalista. En América latina se han puesto en práctica las instituciones democráticas, las políticas sociales y las soberanías nacionales, y se han sentido y pensado todas sus formas de conquista, ampliación y perfeccionamiento.

Acumulación cultural e integración económica

La acumulación cultural magnífica es un factor potencial para los nuevos proyectos y las nuevas acciones que resultan indispensables en la actualidad, pero las integraciones económicas sucesivas principales han sido las de cada uno de sus países, e incluso de regiones de estos países, con los centros del capitalismo mundial, y su sentido ha residido en las funciones que esas economías latinoamericanas han desempeñado en los circuitos de los centros y en el carácter siempre subalterno de esa relación. Se han levantado escollos insalvables ante la posi-

bilidad de complementaciones económicas y coordinaciones estatales y empresariales de los países de la región entre sí. En consecuencia, por un lado las estructuras decisivas de cada formación económica y social y la tradición de las clases dominantes de cada país han sido y son particularistas, y se reclaman como nacionales, ya sea cuando privilegian las relaciones subalternas con el centro o centros, que es lo más común, pero también cuando han dado paso a coyunturas, estructuras y proyectos más propios o locales, considerados nacionales. Por otra parte, la mayor cantidad de ideas, movimientos y fuerzas que se han opuesto a las relaciones de dominación, sea de manera parcial o total, lo han hecho en nombre de cada nación, en busca de proyectos nacionales o autónomos.

La identidad nacional y el nacionalismo son también conceptos clave para entender a América latina. Por una parte, son instancias unificadoras de las diversidades en el seno de cada sociedad y de los comportamientos individuales, y son complejos simbólicos que dan sentido a comunidades muy amplias y a sus proyectos; por otra, han servido a las clases dominantes para presentar sus sistemas como realización de los intereses y prioridades nacionales, aunque también los pensadores y luchadores opuestos a la dominación han reivindicado a la nación y al nacionalismo, sobre todo como una fuerza y un ideal popular de li-

beración. Esta cuestión resulta muy compleja en sí misma, y ha dado frutos incluso contradictorios. De esos rasgos da cuenta la historia latinoamericana, como en otros campos las influyentes tradiciones del primer mundo han complicado muchísimo.

Dos corrientes en las ideas de integración

Ideas favorables a la integración han existido en todas las épocas. Menciono dos corrientes: una, la que continuó la primera tradición independentista a lo largo de un siglo de balcanizaciones, que fue renovada en el siglo XX por la búsqueda de identidades autóctonas y por el antiimperialismo. Las ideas y los movimientos políticos más radicales usualmente han tenido posiciones latinoamericanistas que privilegiaron los ideales políticos de liberación y la solidaridad y coordinaciones en los terrenos político e ideológico.

La otra corriente es el panamericanismo, de inspiración norteamericana, dirigida a viabilizar la conducción del continente por Estados Unidos y a controlar las instancias supranacionales de la región. El panamericanismo ha sido político e ideológico: nunca auspició programas de coordinación económica. Las relaciones bilaterales desiguales fueron siempre las principales para mantener, ampliar o reformular el predominio estadounidense en esta región, y así sigue siendo hasta hoy. Entre

las décadas quinta y octava del siglo XX, las ideas y las prácticas de políticas relativamente autónomas de los países en desarrollo tuvieron su mayor expresión y después cayeron en decadencia. Los burgueses de América latina que protagonizaron esa etapa de expansión habían sido en general hegemónicos en sus países, pero fueron retados por cuatro procesos muy vinculados, aunque diferentes entre sí.

Estados Unidos emergió desde 1945 como poder decisivo en la región y en escala del capitalismo mundial, por lo cual fue imponiendo a cada uno la incorporación subalterna a su dominio político y económico, con la extrema centralización del capitalismo y los procesos de transnacionalización, las finanzas especulativas y el gigantesco parásito de la deuda externa. El crecimiento de las luchas sociales y políticas, que llegaron a ser radicales en su actuación y en sus proyectos de cambio del sistema, puso a América latina en un lugar destacado en la segunda ola revolucionaria del siglo XX. Por otro lado, Cuba, un país pequeño y estratégico del Caribe, con una historia muy dinámica pero pionero del capitalismo neocolonial, se liberó de esas ataduras mediante una profunda revolución política y de las conciencias, y logró cambios muy profundos y de bienestar para toda la ciudadanía, con soberanía nacional plena. Cuba ha estado presente desde entonces en los asuntos latinoamericanos,

en un amplio marco que va desde el ejemplo hasta su demonización.

La política burguesa no se dividió entre arcaicos y modernos, entre entreguistas y nacionales, como esperaba una creencia muy fuerte y persistente dentro del campo popular. En líneas generales, los modernos se integraron de modo subordinado al gran capital, y en todo lo esencial al imperialismo norteamericano, y en vez de entrar en alianzas potenciales con los movimientos de rebeldías populares fueron coautores de procesos represivos que llegaron hasta el genocidio, desmontando formas organizativas del pueblo e instrumentos de soberanía nacional, y provocaron fuertes retrocesos culturales conservadores. Por su parte, las luchas populares no lograron convertir en realidad sus ideales, y sufrieron derrotas políticas, no solamente las producidas por la represión.

La reformulación política latinoamericana de las últimas dos décadas ha sido precedida por las democratizaciones políticas y por una situación económica. Se mantienen instituciones que son muy positivas respecto de la etapa anterior, como espacios en los que caben actividades ciudadanas y populares, pero esos regímenes no han resuelto ninguno de los problemas fundamentales del deterioro creciente de la vida de las mayorías. Como consecuencia de eso el continente es esquilmo a través de las rela-

ciones contemporáneas de dominio en escalas local y global.

Tampoco se han dado ejemplos de transformaciones de las formas de gobierno en instrumentos de servicio público. Estas democracias están en crisis, entre las exigencias de la gente de que cumplan sus promesas o al menos sus reglas; a veces las protestas sociales llegan a ser rebeldía, como en la Argentina en diciembre de 2001, en Venezuela en abril de 2002, en Bolivia en octubre de 2003, y la persistencia de los poderosos en seguir usando la democracia para conseguir gobernabilidad y manipular a la población, pero sin aliviar la situación social, para que la política se guíe por la creencia terrible de que no es posible suprimir el yugo que lleva al desastre social y ése es el centro de un sistema en el que la miseria no tiene relaciones reales por la política.

La base nacional de las hegemonías se ha desgastado. Rige un autoritarismo del lucro y del mercado capitalista, que busca una explicación externa para su sentido y su necesidad, que es su supuesta adecuación a las llamadas "leyes de la economía". El posible éxito de cada país, como el de las personas, reside en someterse a estas leyes, y el éxito es la categoría privilegiada; su antítesis es el fracaso, otra palabra clave de la "neolengua" que quieren imponer. Se estrecha así cada vez más el campo de la autonomía nacional en la mayor parte de los países.

En realidad, está en curso un proceso de recolonización del mundo, y me temo que arrastrará a la forma democrática de dominación. Ese sería el final de dos pilares principales del equilibrio y el consenso del capitalismo durante la segunda mitad del siglo XX.

La guerra cultural del capitalismo

Para mantener su dominio, el capitalismo está llevando a cabo una guerra cultural en escala mundial. Esta es una gigantesca operación de prevención de la rebeldía, que a la vez trata de ocultar y suplir la incapacidad creciente del sistema para satisfacer las necesidades perentorias de miles y millones de personas y las aspiraciones de los sectores modestos o medios, mantener las expectativas puestas en el sistema democrático, auspiciar las iniciativas económicas, reconocer a las naciones y tolerar sus espacios propios. Se utilizan los más poderosos instrumentos y colosales recursos para controlar de manera totalitaria y eficaz la información que es consumida, la formación de opinión pública e incluso las emociones, los gustos y los deseos. El objetivo es homogeneizar las ideas y los sentimientos de todos, los incluidos de algún modo en el sistema y también los excluidos, según patrones generales que garantizan su encuadramiento dentro de una cultura del miedo, la indiferencia, la fragmentación y la resigna-

ción.

La internacionalización de la dirección de los medios de control social, con la notable efectividad que han logrado alcanzar es sin duda algo muy grave para los países de América latina. Sin embargo, hoy existe en la región una cultura política muy superior a la de hace tres décadas. Ante el debilitamiento ideológico de los poderes cómplices del imperialismo, esa cultura podría permitir avanzar en concientizaciones y movilizaciones a favor de demandas sociales, de la soberanía nacional y popular, y de cambios más profundos.

En América latina está creciendo el rechazo masivo a las políticas neoliberales y la capacidad de comprender que ellas son también un instrumento ideológico de la dominación. La lucha contra el ALCA, y contra el Banco Mundial y el FMI ayuda a identificar el carácter internacional del sistema de dominación y a que crezca una concientización integracionista, basada sobre la necesidad de unirse para resistir y para tratar de ser viables de manera autónoma. Surgen también situaciones en las que parece posible que ciertos intereses nacionales se fortalezcan y encuentren vehículos políticos.

Algunos interrogantes

Este momento es incierto, y prefiero referirme a él con algunas preguntas: ¿Se levantarán en

América latina nacionalismos enfrentados con el imperialismo, capaces de encontrar fuerza en la memoria de rebeldía y de formularse como políticas y como ideologías de acciones en las que participan por colectividades? ¿Serán capaces esos nacionalismos de comprender la necesidad de coordinaciones nacionales antiimperialistas como una forma central factible de luchar y avanzar? ¿Qué predominaría si eso sucede, los intereses de sectores minoritarios pero con influencia decisiva en la economía o las instituciones, o las movilizaciones y concientizaciones populares opuestas a los sistemas de dominación? ¿O será que sólo podrían salir adelante una o la otra, coordinándose o incluso uniéndose? ¿Son posibles ambas opciones, o una deberá gobernar a la otra? Son preguntas para las cuales no tengo respuesta. Me sitúo ante el problema de esta mesa desde mi afinidad con los movimientos populares y sus ideas. Ante todo constato que la causa principal actual de la resistencia, de las movilizaciones populares en América latina, es la injusticia social, más que la cuestión nacional. Unir la cultura de rebeldía nacional y social en una causa al servicio de las necesidades y anhelos de los pueblos es quizá la primera nece-

sidad para avanzar hacia una integración. Esta tarea es muy difícil y exigirá, entre otras cosas, hacer análisis muy críticos de sus propios proyectos, organizaciones, métodos y el alcance que dan a sus objetivos y lenguajes.

Habrá que comprender muy bien en qué consiste el llamado “rescate relacional” y la creación imprescindible en materia de justicia social. Como le sucede a todo el que entra en política en tiempos cruciales, la cuestión del poder aparecerá en toda su centralidad y también la de la organización. Enseguida quedará claro que se trata de una nueva política, que deberá ser no solamente opuesta, sino sobre todo muy diferente también a la que hacen los que dominan. Para lograr la integración latinoamericana necesitamos objetivos radicales y medios eficaces, porque habrá que crear nuevas realidades que hoy tampoco se consideran posibles, pero que muchos soñamos. Opino que trabajos gigantescos y profundas transformaciones políticas y culturales no solamente son posibles, sino que son obligatorias para que resulte pensable y realizable algo que parece tan poco realista hoy, una integración realmente latinoamericana y que les sirva a los pueblos del continente.



Transformación del significado de las palabras

Atilio Borón⁴

No me animo a hacer una nueva ponencia ante tan contundentes presentaciones. Simplemente quiero agregar un pequeño detalle y abriremos luego un espacio de preguntas y respuestas. La trascendencia de un congreso de este tipo y la importancia de establecer políticas culturales y de integración entre los pueblos de América es absolutamente impresionante cuando uno se da cuenta del fracaso rotundo que ha tenido el experimento neoliberal desde el punto de vista económico en todo el mundo, no solamente en la Argentina. Estoy viendo algunos antecedentes muy recientes de México: han salido unas cifras aterradoras. En los últimos 20 años de aplicación de políticas neoliberales el producto per cápita de México se incrementó en un 0,3%. Después de 20 años de apertura económica, de tratado de libre comercio, de gran flujo de inversiones norteamericanas, el incremento fue de apenas 0,3%, pero acá viene el detalle: diez millones de mexicanos emigraron a Estados Unidos, y nadie emigra porque tiene ganas, sino que lo hicieron porque no tenían cómo vivir. Si esa gente se hubiera quedado en México -hemos vivido allí varios años- las cifras serían un es-

cándalo internacional, y sin embargo, como se mercadea el producto neoliberal se hace aparecer a México como un país exitoso. Sería interesante establecer lo que ha sucedido en Chile, aunque las cifras no sean tan escalofriantes: Tomás Mulián, un sociólogo chileno, ha escrito un libro en el que hace alusión a los elementos "mitológicos" del crecimiento económico chileno, donde da otras estadísticas y datos cualitativos considerables.

Estamos en el país donde el fracaso del neoliberalismo ha sido el más rotundo de todos, pero miremos la experiencia brasileña, y cómo la acentuación del rumbo neoliberal ha llevado al gobierno de Lula a sufrir un descalabro económico y político en un año, un descalabro que era predecible y que fue anticipado, que mucha gente advirtió dentro y fuera del Brasil, diciendo que con ese rumbo el gobierno se encaminaba hacia el fracaso. Reflexionemos sobre las cifras de un país imaginario: 38% de riqueza concentrada en el 1% de la población; el 80% más pobre de la población apenas tiene el 17% del total de ingresos; un país superendeudado en el que casi la mitad de los trabajadores no tiene planes de salud de

⁴ Sociólogo (Argentina)

ningún tipo, y la tercera parte no tiene acceso a ningún sistema de jubilación. ¿Qué país es ese? Estados Unidos. Esto es el modelo neoliberal; esto, que parece la radiografía de algún país de América latina, gente por debajo de la línea de pobreza, distribución superdesigual del ingreso, etc. La contracara del fracaso económico del neoliberalismo ha sido su sorprendente éxito ideológico, algo que marcó Alcira en su presentación. Julio y también Fernando insistieron en ese tema. Ellos lograron transmitir una imagen difundida mundialmente del gran éxito del proceso de construcción de la nueva sociedad neoliberal, una imagen completamente engañosa, pero que se impone con una fuerza enorme, y como acá hay mucha gente especializada en el lenguaje y en la literatura, como sociólogo siempre me llamó la atención el cambio registrado en la semántica política, el significado de las palabras.

Recuerdo, cuando era estudiante -no soy tan viejo como para no acordarme de esa época-, que al hablarse de reformas la palabra tenía siempre una connotación positiva. La palabra surge en el terreno de la historia europea a partir del movimiento protestante y siempre tuvo un contenido progresista, con la idea del acercamiento a niveles de igualdad -en el caso de Lutero, desacreditar el papel mediador del clero en la Igle-

sia Católica-. Esta idea se extendió a los terrenos político, económico y social, con el resultado de mayor libertad, igualdad y democracia. Hoy esta palabra está orientada hacia el mercado, con la descuidadización y recortes de derechos.

Otro tanto sucede con la palabra "liberal" a la que se antecede el prefijo "neo". Lo "neo" remite a algo novedoso, juvenil, actual; algo fresco, y son las viejas ideas de finales del siglo XVIII y principios del XIX que aparecen ahora revestidas con este carácter de pensamiento "neoliberal", como si fuera una cosa novedosa, como si la dictadura de los mercados fuera algo nuevo. Se experimentó en la historia mundial desde la conformación del capitalismo. Lo mismo puede decirse de la idea de democracia; se nos enseñaba la vieja fórmula de Lincoln: "el gobierno por el pueblo, para el pueblo y con el pueblo", y ahora la democracia se limita a la gestión de la cosa pública. La palabra "democracia" quedó totalmente desvinculada de sus orígenes, y la democracia se reduce a un problema de gestión. Esa gestión, en un mundo dominado por los mercados y los monopolios, no es otra cosa que la adecuación de los deseos de estos pueblos desalmados, cuya condición de humanidad es desconocida, como decía Alcira, y por lo tanto son materiales prescindibles, se los puede

matar de hambre y no sería genocidio.

La batalla del pensamiento

La democracia pasa a ser la adecuación del funcionamiento de las instituciones políticas a la dominación de los mercados, y es el gran triunfo del neoliberalismo a pesar de su rotundo fracaso en lo económico. Su victoria ha sido ideológica, y ahí me viene a la memoria la cita de Martí -lo que demuestra que el problema es an-

tiguo- cuando decía, ya en el ocaso de su vida, que la batalla que estamos librando debemos ganarla a fuerza de pensamiento. Este es el gran desafío de hoy: convencer a la humanidad de que el rey está desnudo, y que el neoliberalismo es una patraña cuyos resultados están a la vista, pero el problema es que aunque estén a la vista, toda la industria cultural de la que se ha hablado convence a la gente de que en realidad está elegantemente vestido. En realidad, está desnudo y harapiento.